

vador saca sus propias conclusiones. Y es más, cuando un texto toma una determinada postura, o propone ciertos criterios, es probablemente más proclive a un debate enriquecedor. La cultura se conforma a base de aventurar hipótesis, que tras ser sometidas a crítica, puedan luego ser refutadas o corregidas. Pero es necesario e inevitable –como al final el autor reconoce– un cierto posicionamiento inicial. Además, en arquitectura –y en los confusos momentos que vivimos–, podemos utilizar un criterio para seleccionar ciertas obras en un catálogo de este tipo: el de la calidad.

El problema fundamental de este catálogo es que recoge casi todo, convirtiéndose más bien en un inventario. Hay un buen número de edificios, que deberían estar en un catálogo que quiere, con su ejemplo, “mejorar el nivel general de la arquitectura que realizamos en la actualidad”, –como indica J.M. Martín en la presentación–. Por el contrario, este maremagnum en el que proyectos de reconocidos maestros se publican en plano de igualdad con obras mediocres, sólo puede arrojar más confusión. ¿No es un hecho asumido, el caos urbanístico y arquitectónico que nuestras ciudades padecen, tras las intervenciones de los años del desarrollismo?.

Además, la maquetación no contribuye en absoluto a clarificar la situación; los dibujos o planos –a veces secciones, otras plantas de situación, plantas de pisos o cualquier otro que se haya tenido a mano– se sitúan desordenadamente y a cualquier tamaño –puesto que se concede más espacio a dos viviendas adosadas por ejemplo, que al monasterio de Aránzazu–. Las fotografías carecen de cualquier interés compositivo, y no hubiera estado de más, para una edición que no ha ahorrado esfuerzos económicos, la realización de todas las fotografías para la ocasión, con algún tipo de criterio, y bajo los auspicios de profesionales en la materia. Se sobreañade asimismo una curiosa clasificación estilística, que se aplica de modo irregular y bastante dudoso sobre un escaso número de obras.

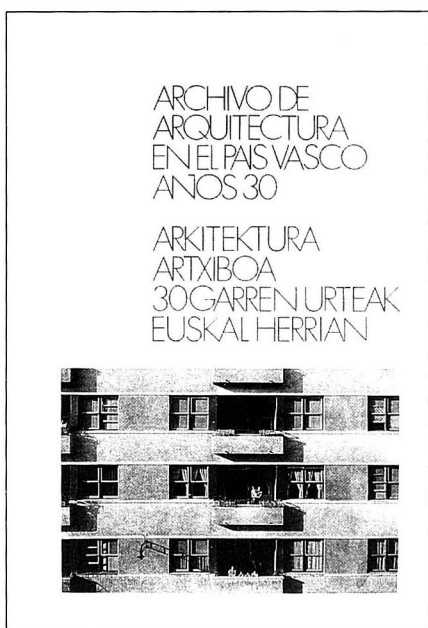
En todo caso, lo más positivo de la obra es que puede servir de marco de referencial general –quizá demasiado general– sobre medio siglo de arquitectura en el País Vasco. Además, como consecuencia de la clasificación por décadas, es posible advertir una cuestión que viene siendo últimamente puesta de manifiesto: La superior calidad general de las obras de los años cuarenta y cincuenta, sobre la confusión de las décadas posteriores.

Eduardo Carazo Lefort

VARIOS AUTORES

**ARCHIVO DE ARQUITECTURA EN EL PAIS VASCO. AÑOS 30**

Colegio Oficial de Arquitectos Vasco-Navarro, Delegación de Vizcaya, Bilbao 1990, 2ª Edición.



El volumen que aquí se presenta, constituye el catálogo de una exposición dedicada a la arquitec-

tura construida y proyectada durante los años treinta, en el ámbito territorial del Colegio Oficial de Arquitectos Vasco Navarro.

Es indudable, que el éxito de este tipo de revisiones de nuestro pasado arquitectónico reciente, se debe al particular interés actualmente suscitado por esas etapas donde los primeros desarrollos de los postulados modernos eran ya manifiestos. En este sentido es preciso hacer notar cómo, tras la crisis de los principios del Movimiento Moderno, se produjo en nuestra disciplina una natural inclinación hacia la valoración de la Historia y de la Tradición –valoración que alcanzó su punto culminante en la pasada década–, toda vez que uno de los argumentos de las Vanguardias era precisamente la oportunidad de abandonar toda referencia figurativa a las arquitecturas del pasado.

Sin embargo, la riqueza y complejidad del debate establecido después de lo moderno nos ha permitido, a estas alturas, clarificar de algún modo nuestra posición, estableciendo ciertas premisas. Si pensamos en los diversos intentos de recuperar el **orden perdido** para la Arquitectura a través del retorno al pasado –desde los folklores postmodernos de ambos lados del Atlántico, hasta otras propuestas mucho más rigoristas y serias dirigidas no solo a una recuperación figurativa–, podemos concluir que, si bien es precisa una reconsideración discipli-

nar en arquitectura, y esta reconsideración puede efectivamente apoyarse en la tradición, lo realmente importante es señalar el verdadero alcance del término **tradición**.

Pues es precisamente la matización de ese término y el alcance de nuestro interés sobre él, lo que hemos podido concluir –entre otras cosas– después de un largo debate de tres décadas. Es ya un hecho asumido, que la riqueza de una cultura –y pesamos aquí en la cultura arquitectónica occidental– reside en su **capacidad de acumulación**. Y la acumulación se cimenta en la tradición, aunque beba de otras fuentes. Si la supuesta ruptura con la tradición formal es uno de los errores atribuidos al Movimiento Moderno, es un hecho evidente, la imposibilidad de recuperar ahora un discurso unitario y coherente para la arquitectura. Pero, si valoramos la idea de tradición, deberíamos considerar que nuestra propia tradición arquitectónica, no es otra que la **tradición moderna**. Es ésta la que podemos continuar y enriquecer de forma fructífera.

Es por ello, que interesan de forma especial los esfuerzos encaminados a revalorizar esa modernidad incipiente. Por un lado, porque contribuyen decisivamente a estabilizar esa tradición moderna a la que pertenecemos. Y por otro, porque –como han demostrado diversos autores– esa primera modernidad encubría implícitamente todavía las huellas de otra tradición, más lejana para nosotros, pero no menos significativa: **la tradición clásica**. En este sentido, cabe recordar que toda esa generación de arquitectos adquirió, como se pone de manifiesto en el primer capítulo del libro que presentamos –titulado “*El aprendizaje de la arquitectura*”– una formación académica. Es decir, que las arquitecturas de los años treinta participaban de esa misma tensión entre tradición y modernidad –aunque en sentido inverso– que ahora nos caracteriza. Constituyen pues, un momento crucial.

En este sentido, el libro constituye una importante contribución al conocimiento de los orígenes del Movimiento Moderno en nuestro país. Como es sa-

bido, esos orígenes estuvieron vinculados al GATE-PAC, cuyos focos incipientes aparecieron a finales de los años veinte en Cataluña, así como en San Sebastián a través de la figura del tristemente desaparecido José Manuel Aizpurúa. Su presencia en los congresos del CIAM, comentada en el texto, dan buena muestra de las relaciones de nuestra arquitectura con los movimientos de vanguardia europeos de la época.

La estructura de la presente edición, no es ajena a la propia ideología de aquella modernidad incipiente. Así, tras el mencionado capítulo dedicado al aprendizaje de la arquitectura, los nueve restantes se organizan intencionadamente por **tipologías**. Y esas tipologías corresponden precisamente a aquellas en las que lo moderno hizo especial énfasis, y donde su aportación se presenta aún hoy como más manifiesta: la vivienda en sus distintas manifestaciones, y los edificios dotacionales. Además se presta –como es lógico– especial atención a la obra de Aizpurúa. El texto aparece acompañado de reproducciones de material gráfico diverso: planos de época o redibujados, en los que podemos analizar además la interesante relación que las vanguardias modernas establecieron entre proyecto y dibujo; maquetas de trabajo ilustrativas de volumetrías no construidas; y una colección de fotografías de época, además de algunas recientes como complemento.

Lectura aconsejable por tanto, que puede además aportar un interesante análisis de un razonable número de edificios, cuya actualidad y relación con nuestros propios problemas proyectuales no es en absoluto desdeñable. Y respecto a las posibles suspicacias que entre ciertos sectores de nuestra disciplina pudieran producir esas referencias al estudio y consideración de la tradición arquitectónica, valgan esas acertadas sentencias de los autores del libro: “...*Ya que también, en arquitectura, la tradición, la historia, no tiene que aherrojar sino a quienes tienen vocación de esclavos; para otros, la tradición, puede ser el más fértil reino de la libertad.*”

Eduardo Carazo Lefort